

Caballo Verde - La Razón, 5 de julio de 2002

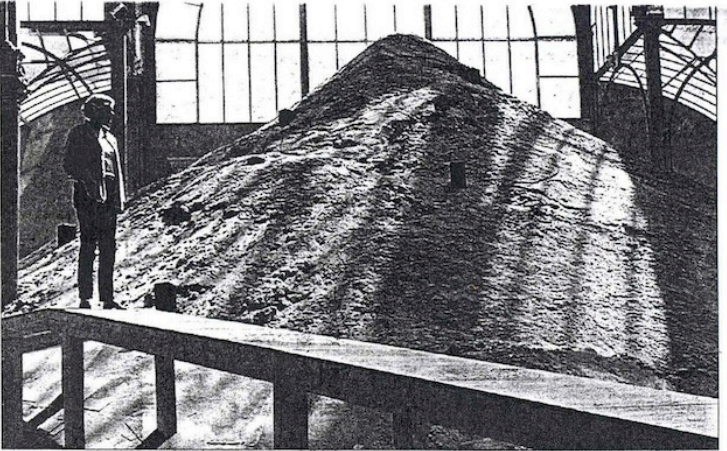
Hasta el 28 de julio



Desde la narración bíblica, «La lengua de los pájaros» atraviesa el resto de la tradiciones desde la antigüedad. Todos los relatos que nos llegan sobre «La lengua de los pájaros» concluyen en una definición común o afín: por tal se entiende «el medio que permite establecer una comunicación con los estados superiores del ser; la señal de que esa comunicación se ha alcanzado o establecido es la posibilidad de entender el lenguaje de los pájaros» (José Ángel Valente). A su vez, el lugar que se identifica con la génesis de esa comunicación es el jardín como huerto ubicado en ese sitio sin identificación posible que es el Edén, espacio de unificación de la naturaleza y la cultura: existiendo cuando nada era aún, Dios hace nacer las cosas, los animales, los reinos que lo poblarán, y allí sitúa al hombre que les dará un nombre por el que los llamará. La palabra es, pues, el instrumento genesíaco. De hecho el jardín evoca el paraíso en el que «la palabra generadora que a su vez genera es el principal protagonista, incluso después de la culpa, para que la narración y el tiempo puedan existir» (J.A. Valente).

El jardín conserva el prestigio de contener la experiencia del principio, el sentido de un diálogo entre los seres vivos en vir-

Eva Lootz parte de ahí para realizar la obra que ahora ocupa el Palacio de Cristal. Descrita en sus componentes principales, se trata de una «instalación» formada por un gran montículo de arena del que sobresalen un número de altavoces que reproducen, alternativamente, el canto de pájaros diversos. De un habitáculo en cuyo interior una pantalla de vídeo emite la intervención del intérprete Pedro Bonet, y que consiste en hacer sonar cuatro flautas cuyo canto establezca un diálogo con el de las aves. En las columnas del edificio unos auriculares nos invitan a oír la voz humana en clave de narración. La tentativa de Lootz es noble, pero la «actualización» de un concepto tan fuerte exigía una adecuación de pensamiento y obra que se situara a su altura. Desgraciadamente no es así. Una profunda reflexión inmoviliza este trabajo, que yo contemplo como el área ecológica de un parque temático. Con esto no descalifico a



Eva Lootz junto a la instalación que exhibe en el Palacio de Cristal del Retiro

la artista, pero creo que puedo llamar la atención sobre una bajada de tensión que no es irresponsable (en el caso de una creadora tan calificada), de un devenir de la creación próximo, como algunas especies de aves, a la extinción. Lo que queda es la ausencia de la experiencia disuelta en la gran creación; de la voz extremada hasta el silen-

cio y que renace en su murmullo original; en fin, de la sustancia poética que nutre las relaciones entre naturaleza y cultura, aquí soterrada por el peso espectacular de una instalación que sepulta el verdadero canto de los pájaros.

Eugenio CASTRO

HANNAH COLLINS

Desde el cielo de Madrid

Galería Javier López

Manuel González Longoria, 7. Madrid

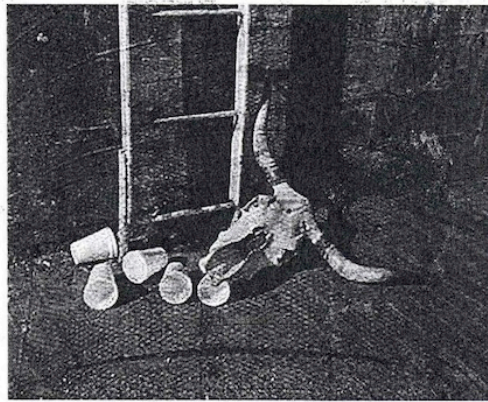
Hasta el 30 de julio



Hannah Collins, nacida en Londres en 1956, pero desde hace ya muchos años residente en Barcelona, nos permite comprobar con su última exposición individual cómo su producción más reciente se desarrolla mediante dos vías que, en la actualidad, progresan vigorosamente por separado; o mejor dicho, en paralelo: sin apenas convergencias conceptuales ni encuentros formales, el desenvolvimiento bifido de su obra habla de una curiosa apertura estilística poco frecuente entre los artistas de su proyección, quienes se encuentran con una enorme resistencia por parte de los complejos mecanismos de reconocimiento del mercado y la institución, de la crítica y el público, para asumir este tipo de cambios de registro, estos diferenciales que afectan a los rasgos de una «manera» asociada a su firma y que tanta seguridad proporcionan a los

valores más conservadores. El caso es notable porque ha exigido, incluso, el distanciamiento físico de las obras pertenecientes a cada uno de los diferentes «modos» y series, hasta el punto de exhibirse por separado en dos distintas salas de la galería.

Así, en la primera de ellas encontramos un reducido conjunto de piezas en gran formato, que se destacan poderosamente del trabajo con que asociamos a esta artista, y en donde Collins afronta de forma sorprendente el color, alejándose de su característico positivado en blanco y negro. Se trata de fotografías que retoman la serie «True Stories», presentada hace ahora tres años en la galería neoyorquina de Leo Castelli. Son vistas metropolitanas casi aéreas del irregular paisaje de tejados y azoteas del Madrid actual, tan neutras e impecables técnicamente que por momentos casi podríamos sospechar estar ante otro de los epígonos de la escuela objetiva-documental de los Becher; pero, sin embargo, las tomas se muestran al instante profunda e intensamente sensibles, cálidas, tamizadas por un virado cromático artificial, exagerado e irreal, que las desplaza a la visión onírica del ensueño y



Azoteas. Una de las obras que componen la exposición

la melancólica remembranza filtrada por el paso del tiempo.

La otra sala depara menos sorpresas, pero no menos turbación e interés. Con su dicción más experimentada, Collins ha bajado la vista a ras de tierra y ha impreso sobre grandes lienzos sus fotografías tomadas de los suelos de esa misma ciudad que antes observaba desde las alturas. El resultado son auténticas naturalezas muertas encontradas en los bor-

dillos de las aceras, al fondo de algún callejón o caídas de una papelera que rebosa: «vanitas» de nuestras urbes contemporáneas, cuya pátina en grises y texturada piel marcan el contrapunto mortecino y conmovedor de lo que en la distancia —allá arriba, donde el sol brilla en un tornasol fabuloso y mágico— parecía un tiempo de felicidad.

Óscar ALONSO MOLINA